

Educar... ¿convivir o sobrevivir? Reflexiones sobre la educación

Guillermo Ballenato Prieto

A los cursos y charlas sobre cómo educar a los hijos asisten con frecuencia los padres y madres más motivados, los que más empeño y dedicación ponen, los más dispuestos a reflexionar y a mejorar. Seguramente como usted, que está leyendo ahora este artículo. A veces son también los que, ante el más mínimo contratiempo, se sienten más culpables: “¿Qué hemos hecho mal? ¿En qué fallamos?”. Cuanto más vocacionales, más estresados y culpabilizados se pueden llegar a sentir.

En ocasiones pregunto si hay entre los asistentes alguna persona que no haya gritado nunca a sus hijos. Se hace el silencio y se oyen algunas risas. Gritamos a veces, y en ocasiones muy alto y con demasiada frecuencia. Por frustración, sentimiento de impotencia, insatisfacción con uno mismo y con la propia vida... Gritamos para hacer valer nuestra autoridad y nuestra razón; también para desahogarnos. Pero el efecto suele ser el contrario: la autoridad se ve mermada, se pierde la razón aun llevándola y el malestar posterior es evidente.

De poco sirven los sermones: “Ya te he dicho cien veces...”. Los hijos deben pensar: “Pues dímelo ciento una”-. Se van inmunizando ante los gritos –si eso es posible-, ven dañada su autoestima y se sienten mal tratados. Poco autocontrol podremos enseñar si no somos capaces de mostrarlo con nuestra conducta. Imagínense decirle a un niño a voces “¡Te he dicho que no grites!” Resulta bastante paradójico, ¿verdad? Aprenden menos del contenido que de la forma, que es lo que al final imitan. Y los modos acaban por anular el mensaje.

Les propongo que cojan papel y bolígrafo y escriban en una hoja lo siguiente: “*Tratemos a la familia como si fuesen invitados*”. Colóquenlo en la nevera con un imán para tenerlo presente a diario. Seguro que no le gritarían a un huésped “¡Que vengas a cenar de una puñetera vez!”. Al contrario, le dirían en tono respetuoso: “Si eres tan amable, por favor, la cena está servida”. Si hablásemos de ese modo a las personas con las que convivimos –quienes más lo merecen- nos lo agradecería hasta el vecino –dejaría de escuchar nuestros gritos-. Hagámoslo y convirtámonos en un ejemplo de respeto. Recuerde que la palabra enseña pero el ejemplo arrastra.

En uno de sus populares monólogos el genial Gila mostraba su desesperación porque el hijo llegaba a casa de madrugada. “Esto ocurre porque se ha perdido el diálogo en la familia” –comentaba. “Cuando yo era pequeño mi padre me decía con ternura: Como vengas después de las diez te doy una patada que te reviento. Y yo le entendía. En fin, había diálogo.” –ironizaba-. De aquel autoritarismo desmedido se ha pasado hoy a una permisividad sin sentido.

Algunos padres han renunciado a educar. No saben lo que hacen sus hijos, ni con quién ni dónde están. Han tirado la toalla: “Que haga lo que le de la gana”. Niños sin normas que tendrán dificultades para integrarse en una sociedad en la que hay que acatarlas. Negociar sí, pero hay casos en los que “se conduce por la derecha y sobre eso hay poco más que hablar”. Muchos niños y adolescentes están reclamando con su mala conducta que se les pongan límites; límites razonados, pero firmes. Ojalá que la primera vez que oigan la palabra “no” sea de sus padres y no de boca de los maestros.

El diálogo en la familia se ha transformado en silencio –el otro polo de los gritos-. Cada uno escucha “su música”. Qué importante es escuchar de verdad. Escuchar al otro es dejarle ser. Y qué ilustrativo aquel anuncio en el que la madre recibía la llamada de la hija “No voy a casa, mamá; estaré estudiando en la biblioteca...” Al terminar, el padre preguntaba quién era y la madre respondía: “La niña”. “¿Y qué quería?” –insistía el padre. “Nada, que se ha enamorado”. Escuchar a los hijos es aprender a entender más allá de sus palabras. Implica evitar interrumpir, respetar su punto de vista, aceptar. Y a menudo saber callar. Al igual que la autoridad, la confianza también se gana.

Para terminar quisiera comentarles que antes de entrar en el aula para dar clase me suelo preguntar de qué me he enriquecido yo para poder enriquecer a mis alumnos. Así ocurre en la educación de los hijos. Debemos enriquecer y serenar nuestras vidas, firmar la paz con nosotros mismos, vivir de forma coherente con nuestros principios y valores. Y podemos mejorar el diálogo y la comunicación, esa herramienta imprescindible para relacionarnos. No es tarea sencilla educar como tampoco lo es vivir, pero ambos retos son tan apasionantes... Ánimo y suerte.